

# ¡Puro Colombia loco!

■ ■ Antonio Guerrero Aguilar\*

Lo que les voy a contar es un caso donde lo regional en México trasciende la frontera y nos remite a la Patria Grande, la Pacha Mama o la Abya Yala, como se le conoce a nuestra América Latina. Se trata de un género musical adoptado por cada nación, el cual tiene por origen una tradición que se reacomoda en los imaginarios colectivos de un pueblo mestizo. Nació en Colombia y se toca en muchos rincones del continente, por eso hay “cumbia tejana”, “cumbia mexicana”, así como en varios países que poseen extensión con el mar Caribe.

Aunque usted no lo crea, tenemos en Nuevo León un referente que nos une con Colombia, esa nación que sintetiza lo andino, lo caribeño y lo amazónico. De pronto, el sentir musical cumbiambero campeó desde la frontera que toca al río Bravo y Texas, que vive y se regocija en una porción paralela a la Monterrey antigua y norestense, esa de la traza tradicional que va del río Santa Catarina hacia el norte. Prendió en una zona que va desde el río Santa Catarina hasta la Loma Larga. Primero fue conocida con el Repueblo del Sur y con el Repueblo de Oriente. La primera da origen al barrio San Luisito llamado Independencia a partir de 1910 y la otra, quedó tan solo en la Nuevo Repueblo.

Como verán, en la banda norte puro “fara fara” y la otra en el tramo que va desde el túnel de la Loma Larga hasta el cerro de la Campana. Ahí predomina y la rifa la “cumbia colombiana”, un géneroailable como convocante de muchas emociones. Con tanta aceptación popular que, por mucho tiempo, la conocieron como la “Colombia de la Indepe” y ya famosa y apreciada, la llevaron al Museo de Arte Contemporáneo para demostrarle al autor de *Cien años de soledad*, el escritor Gabriel García Márquez, cómo se toca la cumbia fuera de su tierra, haciendo bailar

ni más ni menos que al Premio Nobel de Literatura. Después, hasta conciertos hubo en el Casino de Monterrey, donde la crema y nata local mantiene su membresía.

Esa república sudamericana se lleva de distintas formas en el noreste. En especial, porque hay un enclave en Monterrey que nos recuerda a Colombia en su ritmo y tonalidad y porque la tienen presente como si fuera la tierra añorada. Corresponde a casi toda la porción territorial situada en la ladera norte de la Loma Larga, que va desde la colonia Pío X hasta el cerro conocido como de la Campana. Esas calles, barrios y colonias, se caracterizan por su ambiente y manifestaciones culturales, adecuadas a su modo de ser y de vivir.

El canto de Pepe Guízar, el “Monterrey tierra querida”, menciona en una estrofa: “en la punta de la loma, parece que lloran las notas de un acordeón”. A lo mejor en su tiempo se refiere al clásico instrumento musical, tan representativo para la polka y el corrido norteño. Pero desde hace cinco décadas, llora el acordeón de Celso Piña y de todos sus seguidores como ejecutantes del mismo a través de los sonideros y grupos musicales.

El vallenato regiomontano, es un género nacido a contrapelo de la música tradicional regional, en donde conviven y se complementan la cumbia norteña y la cumbia colombiana. La música nuestra, se hace con un acordeón, bajo sexto y contrabajo. Mientras la música cumbiambera llamada vallenato, por ser originaria de Valledupar, una ciudad situada al norte de Colombia. Ahí también tocan el acordeón, pero acompañado por la caja, las maracas, la guacharaca y la gaita. Para nosotros es “puro Colombia”, en cambio para los colombianos, lo que aquí se oye se denomina “Chunchaca”.

Esas melodías invitan a mover el cuerpo, ya sea solo o acompañado. Son el fruto de la herencia africana, indígena como española. En efecto, los

\* Es originario de Santa Catarina donde cada mañana distribuye notas culturales como históricas en el grupo de “Orgullo Norestense” por redes sociales. Es actualmente beneficiario del programa “Financiarle 2025” del Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León.

mexicanos también tenemos sangre africana. No podemos negar la tercera raíz, cuya fortaleza irradió y se distribuyó desde las Antillas, punto donde inicia lo afrocaribeño. Primero la música religiosa profana de Cuba, en donde los esclavos marcaban el ritmo con el ruido de los grilletes y las cadenas golpeando un yunque. Luego las voces lastimeras como nostálgicas, presentes en el “soul” y el canto cardenche, nos llevan al continente en donde tiene su origen la humanidad.

Los esclavos llegaron a tierra firme por Veracruz, el río Orinoco en Venezuela y luego por el río Grande de Magdalena en Colombia. Decía un exmaestro, el ingeniero Juan Antonio González Aréchiga, quien tuvo la fortuna de trabajar en aquellos lares, que todo era verdor. Para los misioneros, era una tierra de esperanza donde se podían cumplir aquí en la Tierra los ideales de la República platónica, la Ciudad de Dios de San Agustín y la Utopía de Santo Tomás Moro. Según Alejo Carpentier, el Orinoco es la materialización del tiempo en las tres categorías agustinianas, tiempo pasado manifestado en el recuerdo, tiempo presente vigente en la intuición y el tiempo futuro que se tiene en la espera.

El paso de ellos se hizo a contracorriente, tanto en lo geográfico como en lo cultural. Desde el Delta Amacuro y Maracaibo, hasta tocar los límites de aquel Virreinato de la Nueva Granada que dio origen a la Gran Colombia. Hubo una diáspora de la negritud que dejó su impronta. Los esclavos mantuvieron en su memoria los elementos, rasgos y raíces de su acervo. Esa presencia convertida en legado, mezcla lo antiguo y lo contemporáneo. Guarda el origen afroantillano, luego colombiano y venezolano, cantado en el soul y góspel norteamericano, formando parte de la riqueza cultural y musical de México.

Los ritmos trajeron otros instrumentos y con ellos géneros musicales. Primero la guaracha, luego la salsa. La unión de la música africana y española fue una vinculación que se hizo rumba. En Colombia se hizo cumbia, una palabra con un origen incierto. Puede venir de la palabra “cumbé”, que designa un baile africano. Para otros, deriva del nombre de un cacique indómito llamado Cumbangue. Puede referir a “cumbancha”, derivada de “kumba”, tal como se conoce al gentilicio de un pueblo de África occidental; o a kumba, kumbé y kumbí, voces que dan nombre a ciertos tambores de origen africano.

Esos conceptos me remiten a Agustín Lara cuando canta la Cumbrancha: “última carcajada de la Cumbrancha, llévale mis tristezas y mis cantares, tu que sabes sufrir, tu que sabes soñar, tu que sabes decir cómo tengo el alma de tanto amar”.

La cumbia colombiana no batalló para ingresar en el gusto de los mexicanos, pues tiene ritmos sin grandes complicaciones, por sus líneas melódicas y armonía. Se puede bailar sin tanta complicación. La danza parece un cortejo, donde el hombre seduce a la mujer, mientras procura disuadirla con una vela que sostiene encendida en una de sus manos mientras baila. Mientras aquí la raza divide al baile colombiano en “fome”, en “tradicional”, “el guachero” y el de “la burra” que se da en compás de 4 y de 2/2, a compás partido. Y es que cuando se baila, la gente grita de alegría “¡Wepajé!”. Los nuestros, lo transformaron en “¡We, we, we, pá!”, grito rebelde, como de guerra e identidad.

Las primeras expresiones comerciales y masivas de la música popular de Colombia llegaron a México a mediados del siglo XX, a través de discos y el cine. Pero en un principio, fueron películas mexicanas que se filmaron allá o trataban una temática relacionada con Colombia, Ecuador, Venezuela o Perú. Los actores recrearon y nos trajeron formas de hablar como de bailar. ¿Vieron la película “Pueblo, canto y esperanza” (1954), cuando Roberto Cañedo baila con Columba Domínguez la cumbia Sampuesana?

Todos esos ritmos y estilos musicales se hicieron muy famosos en los grandes salones y clubes de la Ciudad de México. Era una moda que no venía del Norte ni del Este, llegaba precisamente desde el Sur, con el que compartimos los pilares de la considerada cultura iberoamericana: la herencia prehispánica, las raíces étnicas, la lengua castellana como portuguesa y la religión. Nos hizo recordar que el Sur también existe...

Llegaron los tiempos de la renovación moral y el combate a la corrupción con Adolfo Ruiz Cortines, quien nombró como regente del Distrito Federal ni más ni menos que al abogado sonorenses Ernesto P. Uruchurtu. Inmediatamente se dedicó a poner orden como a imponer prohibiciones entre 1952 y 1966. La vida nocturna se vino abajo, por lo que muchas orquestas se fueron tocar a ciudades fronterizas. Estaban compuestas por más de diez miembros,

pero solo se quedaron con la mitad. Entonces sus miembros se dedicaron a tocar la llamada música tropical en salones de Monterrey, Nueva Rosita, Allende, Piedras Negras, Reynosa y Matamoros. A ellos les debemos vertientes en donde incluyeron instrumentos eléctricos como la guitarra, el bajo y el órgano. Con ese estilo, sobresalen Miki Laure y su grupo los Cometas, Rigo Tovar y Xavier Pazos desde mi Matamoros querido y la inconfundible música de los hermanos Barrón de Allende, Coahuila. Otros siguieron el estilo de las sonoras colombianas, como JLB y compañía.

Luego los conjuntos regionales se apropiaron del género. Ya tocaban el acordeón y así nació la famosa cumbia norteña como tejana, que tuvo mucho éxito en la región como en el sur de los Estados Unidos, practicando un estilo innovador en las melodías y las voces. Seguramente conocen a Beto Villa y a los Populares de Nueva Rosita, Pegaso, Los Invasores, el Grupo Vaquero y otros más.

Al pasar de moda la era del rock and roll regiomontano y la nueva ola, sus músicos necesitaban trabajar y dio origen a grupos tropicales en la década de los 70, con el Renacimiento 74, Lila y su Perla del Mar, Tropical Caribe, Tropical Panamá y el Tropical Florida, tan solo por citar algunos. Los centros sociales se hicieron tan afamados por sus bailes masivos, gracias a la producción discográfica, presentaciones y aquellos inolvidables programas de “Mira Bonito” con el gran Rómulo Lozano.

Pero hubo un sector que se negó la diversificación y prefirieron ser más leales a la cumbia, tal y como lo hacen en Colombia. Ya tenían el acordeón, en lugar de guacharaca el güiro, ajustaron el bajosesto y las tarolas para sus tocadas. La interpretación y desarrollo de la música, surgió como contracultura en los barrios bravos de la Independencia y colonias aledañas, en donde sobresale Celso Piña, con toda la vestimenta, los bailes, el estilo de bailar y los insignes sonideros.

Ser colombiano o ser “Colombia” no significa haber nacido en aquella tierra. Es sentirla, extrañarla, vestirse como mandan los cánones e idealizar a Colombia como la tierra ideal y prometida. La razón, el origen de la fuerza de un movimiento que tiene al vallenato como una religión y modo distintivo de vida y de ser. Sin vivir allá, ven en como seres supremos a los músicos del Valledupar, la meca y a Colombia como el paraíso ideal, una utopía hecha cumbia.

Por cierto, un exalumno propuso para tesis de maestría estudiar las manifestaciones de la “Indepe”. Como no lo aceptaron me buscó y hablé con una estimable lectora que me dijo de entrada: “nomás que venga sin poses ni altanerías”. Así son ellos, no se andan por las ramas y son sencillos como sensibles en el ser, pensar y actuar.